

## DEDICATORIAS

### Don Ernesto Sánchez Villares, el último maestro

A. BLANCO QUIRÓS

El Profesor Ernesto Sánchez Villares fallecía en Valladolid el pasado día 16 de mayo. Desde hace meses todos conocíamos la inevitable cercanía del suceso. El propio don Ernesto fue el primero en saberlo y el único en aceptarlo, porque insistía que la vida es un ciclo indivisible en el que se nace, se vive y se muere. La estoica frialdad con la que admitió su servidumbre a las leyes generales de la naturaleza sorprendió y desconcertó a las personas que durante las últimas semanas se le acercaron, intentando ofrecerle apoyo y compañía; un consuelo totalmente innecesario para él.

Don Ernesto fue médico y fue profesor. Cuidó a miles de niños y enseñó a generaciones de alumnos. Más de un joven discípulo, antes había sido su paciente. La historia clínica de muchos hijos reposa en su archivo, grapada a la de sus padres. El infatigable derroche de trabajo fue la cualidad vital que todos sus coetáneos universalmente coinciden en atribuirle. Sin duda, hay muchos profesionales anónimos que también cumplen con excelencia su función. Sin olvidarlos, ni desmerecerlos, la vida de Don Ernesto muestra particularidades que justifican unas líneas públicas.

En 1965 se trasladó a Valladolid, en donde sembró su madurez a lo largo de 30 años, pero su corazón se quedó en

Salamanca, más exactamente en Ciudad Rodrigo. Ahora han vuelto a reencontrarse. En el antiguo Pabellón de Niños del Prado de la Magdalena estuvo incubando el embrión de un hospital infantil. Fueron años de un desarrollo intenso y fecundo. Tiempos de trabajo imaginativo, de ilusión sin límites, de amistad y de libertad. Participar en aquella vivencia es suficiente para gratificar una vida profesional y justificar una elección. Los restantes años son ya únicamente de transición. En el Pabellón de Niños se atendieron muchos niños enfermos, pero también se enseñó una forma de ser y actuar. Se aprendió gratitud al maestro y aprecio a las enseñanzas. Como sucede a las personas, los edificios también nacen, viven, se mueren, incluso se abortan. Sin embargo, sería bonito que el espíritu del viejo Pabellón, ahora dormido se reencarnara algún día, en algún lugar.

Con independencia de su valía profesional individual, ejerció tareas directivas que modificaron pautas de comportamiento social y sanitario. Junto a otros pediatras fundamentales, que podemos ejemplarizar en los profesores Jaso de Madrid y Ballabriga de Barcelona, contribuyó a modernizar la Pediatría española. En menos de 10 años se saltó de la puericultura domiciliaria a los hospitales maternoinfantiles y a las especialidades pediátricas. La renovación se extendió

rápidamente a todos los ámbitos. La dirección y publicación de revistas científicas propias le permite difundir una doctrina novedosa que ahora ya está inconscientemente arraigada en cualquier pediatra.

Su visión integral de la asistencia infantil fue un dogma irrenunciable permanente. Incluía desde la pediatría primaria a la terciaria, desde el nacimiento al fin de la adolescencia. Desde la semiología a la investigación. Siempre defendió que el trato sanitario al niño se ofreciera de forma individual, con absoluta independencia de la medicina del adulto. Reclamó una asistencia impartida siempre por profesionales formados pediátricamente. El niño enfermo continúa siendo ante todo, y sobretodo un niño. Un niño dependiente de su madre y de su familia. Un niño que añora su hogar y sus juguetes. Mantener esta concepción le costó disgustos. Su defensa del niño, como derecho fundamental, superior e independiente de cualquier situación coyuntural sanitaria o económica no encontró siempre el eco merecido. Es difícil que una iniciativa individual arraigue, si la sociedad no la comprende y la hace suya. La postura de Don Ernesto encontró una sociedad dormida y no hubo respuesta. Llegó demasiado anticipadamente.

En la Universidad, el Profesor Sánchez Villares estuvo preocupado toda su vida por enseñar a los alumnos, a los médicos, a los pediatras, a las enfermeras, a las auxiliares, a los padres de enfermos. A cualquiera individuo o colectivo que quisiera aprender. Toda oportunidad era adecuada para transmitir algo de sus abrumadores conocimientos. Nunca se negó a dar una clase o conferencia. Nunca se preocupó de conocer otra condición que

no fuera el lugar y la hora. Nunca suspendió ningún compromiso, ni en sus últimas semanas de enfermedad. Don Ernesto enseñó saberes científicos, pero en especial transmitió formas de ser y estar. Esta es la diferencia entre un Profesor y un Maestro. Lo había vivido con Don Guillermo Arce, su Maestro y ya nunca lo olvidó. La Facultad de Medicina probablemente pierde al último Maestro, porque los tiempos y las circunstancias inevitablemente cambian. Los discípulos ya se han extinguido. La historia, valiéndose de sus servidores, despide abruptamente a los que se desfasan.

El valor real de figuras como la del profesor Sánchez Villares con frecuencia sólo pueden ser ponderadas con una lejana perspectiva de tiempo y de espacio. Intentar cualquier mejora o cambio suele generar recelo y resistencia en los círculos más próximos. Las comparaciones surgen inevitables y pueden resqueamar. Sobresalir es siempre un acto relativo y arriesgado.

La intensa vida profesional y pública que desarrolló don Ernesto sólo se puede cumplir merced a un gran esfuerzo personal, pero en esa batalla siempre resultan sacrificadas otras personas, la mujer y los hijos. Algunos pensamos con agradecimiento que durante años le hemos estado reteniendo un padre y un marido a su familia. Probablemente él fue consciente de todo ello y resultó conmovido el afecto y la dedicación que en sus últimos meses ofreció a sus queridos nietos.

Don Ernesto siempre permanecerá vivo en el recuerdo, ese retazo de inmortalidad que todos los que le conocimos conservaremos dentro.